Vuelven las ciudades (IV)

Juan Alberto Belloch

No sumergirse con pleno conocimiento en la necesidad de la revolución urbana sería para España navegar contra la corriente internacional. Los medios de comunicación planetarios, el auge imparable del turismo como seña de identidad del hombre contemporáneo, la extensión del comercio y de la internacionalización de las empresas, la homogeneización de los productos culturales y de entretenimiento consumidos en todos los rincones del mundo, están creando en las últimas décadas una nueva categoría de ciudadano que constituye una novedad histórica y al que, con la prudencia que debe acompañar siempre el uso de palabras grandilocuentes, podríamos denominar como ciudadano universal. Un ciudadano sometido a presiones de «marketing» irresistibles –vivimos en el mundo de las grandes marcas universales–, pero también consciente y avisado de que el bienestar y la paz no son bienes que se puedan disfrutar indolentemente sin comprometerse en su extensión a todos los lugares del mundo. Es una tendencia imparable y a la vez inequívocamente positiva desde el punto de vista de quienes creemos en la necesidad de un mundo más justo y solidario, en el que son moralmente inaceptables todas las asimetrías geográficas en el terreno de los derechos humanos, las libertades democráticas y el progreso social. Junto a esa conciencia ciudadana global aparece una fuerte tendencia hacia el reforzamiento, por una inapelable lógica de equilibrios, del papel de los factores de identidad local. Aunque a veces esto suponga incurrir en algún exceso de provincianismo, esta tendencia conlleva un protagonismo emergente de las ciudades y de las regiones, que se convierten en la referencia imprescindible de identidad para los ciudadanos. Las ciudades son los espacios donde ocurren las cosas, donde se verifica y se resuelve positivamente el conflicto social, donde se crean las mejores soluciones y herramientas de intervención, donde se genera la cultura política más valiosa.

Este rol de las ciudades en el nuevo escenario exige que sus gobernantes pasen de gestores municipales a gobernantes del territorio de la ciudad, y tanto la autoridad limitada de que disponen como los imperativos de la nueva política –concertada, estratégica, de redes– hacen necesarias nuevas herramientas de gobernabilidad, que refuercen tanto las habilidades y el liderazgo político como las capacidades técnicas de los responsables municipales, y les ayuden a estar a la altura de lo que les demandan sus sociedades. La aparición de nuevas instituciones supranacionales –crecientemente dotadas de lejanos y herméticos poderes ejecutivos–; los problemas de credibilidad de los sistemas democráticos convencionales, con crecientes dificultades para lograr la participación de los ciudadanos; la cada vez mayor importancia de las estrategias de comunicación y mercadotecnia política para conseguir la atención y el aprecio de los votantes; todo ello crea un factor de inquietud sobre el porvenir de nuestra democracia, que, sin embargo, no se da o se da en mucha menor medida en el seno de los municipios, donde el interés cotidiano y nada abstracto de los ciudadanos por sus problemas más cercanos mantiene con pleno dinamismo una política local participativa y accesible. Esto nos permite decir que, conforme se incrementen los factores de globalización y homogeneización a nivel internacional, más trascendencia cobrará si cabe el mantener una microesfera política local dinámica y robusta. Los gobiernos locales van a ser cada vez más importantes como pieza de engarce de los ciudadanos con el sistema democrático. No parece, por tanto, exagerado reclamar que sea en ese ámbito local donde radiquen y se diriman buena parte de los problemas y las cuestiones que más interesan a los ciudadanos en su vida cotidiana.

Las transferencias de poder nunca se producen sin fricción y sin presión, y por eso me parece una tarea ilusionante y útil el fortalecimiento de ese nuevo entramado institucional que, tanto a nivel nacional como internacional, viene actuando como eficaz «lobby» de los gobiernos locales. Hablo de las organizaciones nacionales de municipios, como la Federación Española de Municipios y Provincias, pero también de otros foros más especializados y menos orgánicos. Organizaciones como Eurocities y Telecities trabajan en esa dirección en el seno de

una Unión Europea que, frente al crecimiento del poder de Bruselas y la multiplicación de estados miembros, debe dar un nuevo protagonismo a los poderes locales y regionales como verdadera trasposición institucional de una ciudadanía europea que sólo se reconocerá como tal en su entorno más cercano.

Sólo en las ciudades puede crecer un nuevo discurso progresista, cuyos fundamentos no pueden ser otros que los de alentar una cultura cívica de respeto y tolerancia hacia la diversidad personal, ideológica, identitaria, étnica, cultural o religiosa. Una diversidad que por su propia complejidad exigirá cada vez más soluciones de corte federal a todos los niveles y el desarrollo de los derechos de ciudadanía. Es en la ciudad donde la democracia se convierte en algo cotidiano, próximo y controlable para el ciudadano. El lugar donde las identidades locales son perfectamente compatibles con una ciudadanía global y solidaria. A aquellos de mis lectores a los que les hayan convencido mis argumentos les sugiero que se incorporen a un ejército aún demasiado invisible que estamos organizando algunos agitadores profesionales, entre los que me encuentro. Visto que la paz de la palabra resulta insuficiente, hemos pensado utilizar medios de combate más enérgicos, auténticas armas de destrucción masiva de quienes con obstinación pertinaz impiden el progreso de las ciudades y el bienestar de sus vecinos y vecinas. ¡Castígales con tu voto! Sólo a eso le tienen verdadero pánico.